



PUBLICACION QUINCENAL GRATUITA PARA LAS CLASES TRABAJADORAS.

AÑO II.

Orihuela 1.º de Diciembre de 1884.

Núm. 37.

LA LLAVE DEL CIELO.

(Cuento inverosímil.)

Pues, señor, (y vá de cuento) ¿qué dirán Vdes. que pasó en el Cielo hace algunos años?

Cosa corta; que se perdió la llave.

Fué un caso raro, que hizo mucho ruido en el Universo, y que, por lo grave, estuvo á punto de producir un conflicto.

Verán Vdes. lo que pasó.

Sabido es que S. Pedro es el encargado de custodiar la puerta del paraíso, y, como es consiguiente, de guardar en su poder las dos grandes llaves que le abren y le cierran. Una de ellas es la de la puerta principal; la otra es del postigo: y ambas se han venido usando siempre indistintamente según la necesidad, si bien de algún tiempo á esta parte la entrada ha sido tan escasa, que apenas si en los días de jubileo se ha tenido que abrir la gatera.

Víspera era de uno de ellos cuando sucedió que, hallándose S. Pedro paseando por fuera del portal con los preciosos instrumentos á la espalda, vió venir cuesta arriba á un caballero que parecía muy decente. Ya iba el buen santo á compadecerse de él, y hasta á ayudarle á subir, cuando le dió en la nariz tan fuerte olor de azufre que en poco cae de espaldas. El tal caballero, con levita y todo, no era si no el diablo en persona; lo cual no tiene nada de particular, si se tiene en cuenta, que debajo de una buena levita puede muy bien encontrarse un grandísimo pillo.

—Servidor de V.; dijo á S. Pedro así que llegó.

—Dios me guarde de V.; le contestó el apostol sabiendo con quien trataba. ¿Qué se ofrece? y, diciendo esto, alargó con disimulo la mano izquierda, y cerró de golpe el postigo del paraíso que se hallaba entornado.

El diablo, que desde su llegada habia clavado sus ojos de periz en la rendijilla como los clava el sediento en el arroyo, comprendió la indirecta, y se mordió los labios. Un relámpago de ira brilló en su mirada, y ya parecia ir á estallar cuando, cambiando el rostro, dibujó en él una sonrisa artificial y burlona de esas capaces de quemar á un Santo.

—Parece que hay poco que hacer; dijo al discípulo de Cristo queriendo con la puya vengarse del portazo. ¿No es hoy, añadió, primer viernes de mes? pues, para ser día tan señalado, veo que en la porteria se trabaja poco.

—Mira, vete, saltó S. Pedro, que según dicen tiene el genio muy volado. Estás aqui demás, y el que está demás estorba.

—Allá voy, Señor, contestó el diablo en tono irónico: allá voy; pero no tenga V. tanta prisa; permitame V. antes que le diga á lo que vengo: vengo á pedirle un favor.

Al oír favor, el Santo viejo, que siempre habia profesado el principio de *haz bien y no sepas á quien*, se calmó algo, y tuvo

paciencia. Pobre diablo, dijo para sí ¿qué querrá este infeliz? al fin es un desgraciado.

—Habla pronto, continuó en voz alta, y di lo que quieres.

—Pues venia, dijo el tahir, con el mayor descaro; venia... vamos..., á que... ya que está V. tan desocupado aqui arriba, me ayúdase V. en la porteria de allá bajo donde no tenemos hartas manos para abrir la puerta.

San Pedro se puso colorado hasta la calva.

—No hay que incomodarse, señor mio, prosiguió el diablo al ver el efecto: la cosa no tiene nada de particular: el mundo ha cambiado mucho: las ciencias y las artes no han progresado en vano, y la vida moderna tiene ya otras exigencias. ¿Qué culpa tenemos nosotros de que Vdes. no se hagan cargo de estas cosas? ¿Por qué no transigen Vdes. con ellas dejando á un lado antiguas preocupaciones? Verían Vdes. que pronto se les llenaba la casa... Por supuesto, no es que nosotros dejemos de tener nuestras religiones, nuestros cultos, nuestra moral, nuestras reglas: no faltaba más; nada de eso; al contrario, ahí tiene V. la religion del porvenir del conde de Solanot, gran espiritista: pues esa es muy buena y la aceptamos nosotros; ahí tiene V. la religion de la libre naturaleza que tanto satisface al mundo masónico: pues nosotros tambien nos contentamos con ella; ahí tiene V. el culto libre, conforme; la moral independiente, conforme. Es más, hasta el Verbo, hasta la Trinidad aceptamos en cierto modo. ¿No ha oido V. hablar á Castelar del Verbo alejandrino y de la Trinidad alejandrina? pues todas esas cosas alejandrinas las admitimos nosotros sin ninguna especie de dificultad. En una palabra, que somos tolerantes, y por lo mismo obtenemos éxito. Si Vdes. consintiesen en dejar á un lado ya ciertas antiguallas, lo obtendrían tambien. Con que Vdes. consintiesen, por ejemplo, en suprimir todo eso de confesiones, penitencias, cruces, mortificaciones, sacrificios, etc. etc.; cosas todas molestas, y que disuenan ya á los oídos de las personas ilustradas, habian Vdes. adelantado mucho camino. Además ¿qué necesidad tenian Vdes. de ser tan exigentes en materia de piedad? ¿A qué tanto rosario? (Aqui el diablo empezó á entusiasmarse.) ¿A qué tantas oraciones pesadas y fastidiosas? ¿A qué viene, por ejemplo, ese culto á una muger, que por más que sea muy poético, tiene mucho de humillante? Me refiero á.....

—No nombres á la Virgen, saltó San Pedro sin poder ya contenerse al ver la malicia; no pronuncies su nombre que lo manchas ¡gran malvado!; tu quisieras que el mundo dejase enfriar su corazon, porque sabes que así lo harías tuyo; por eso aborreces tanto la piedad que es el fuego que lo calienta. Tu quisieras que desapareciera hasta la palabra penitencia, porque sabes que la penitencia es la clave de la redencion. Te entiendo, miserable; y ojalá te entendieran como yo muchos infelices que se dejan llevar de tus ilustradas mentiras, sin comprender que con la capa de nueva filosofía, religion nueva,

ciencia nueva y de otras mil cosas nuevas, tratas solo de introducir tambien como nuevo tu espíritu viejo de serpiente hipócrita, que nada rechaza á no ser una cosa sola: *la caridad*, esto es: el verdadero amor de Dios, con la penitencia que es su fruto y la piedad que es su expresion. Todos tus esfuerzos se dirigen; pues, en resúmen, á separar al mundo de la Cruz que ha de salvarle, del Cristo que ha de redimirle; pero te equivocas, porque entre el mundo y la Cruz, entre la humanidad y Cristo, hay una cadena que tus dientes de monstruo, no romperán jamás.

—¿Cuál?

—El corazón de una madre; el de María Santísima que es madre de Dios y de los hombres.

Al oír el nombre de la Virgen el diablo se puso verde, se irguió como una sierpe, y, chispeando soberbia por los ojos, hizo tal mueca de burla y de desprecio, que S. Pedro no pudo aguantar más.

—¿Te burlas de mi madre, gran canalla? dijo el viejo pescador sintiendo bullirle en el cuerpo su sangre de grumete; pues ¡toma! para que te acuerdes.

Y, alzando la mano, le arrojó las llaves con tal fuerza, que diablo y llaves cayeron dando vueltas con vertiginosa rapidez.

Para comprender cómo seria el trastazo, basta decir que San José, que se hallaba en su gabinete particular pulimentando no sé que chuchería, creyó que se batían las ventanas por falta de algun pestillo, y tomó las herramientas para componerlas.

Entre tanto, Lucifer y las llaves, que del impulso habian salido echando chispas fuera de la esfera de atraccion de los cielos, empezaron á describir en el espacio una elipse tan perfecta, que los astrónomos del observatorio de X. anotaron inmediatamente la aparicion de un nuevo cometa, al que (segun los cálculos logarítmicos más exactos) midieron de cola unos setecientos millones de leguas.

Sabios hay hoy que la tienen más larga.

Pero dejemos al cometa tenderla por esos mundos de Dios, y volvamos á nuestro San Pedro.

Repuesto del disgusto, trató como es natural de meterse en casa; es decir, de meterse en el cielo, pero... ¿qué se habia de meter? si habia cerrado la puerta, y habia tirado la llave. Calcúlese el disgusto que le entraría otra vez al pobre viejo. ¿Qué hago yo ahora, Dios mio? se decía para sí ¿qué hago yo ahora? Si estuviese dentro, del mal el menos; gente tengo capaz de abrirme la puerta. Acudiría á la Señora, y, aunque me regañase mi arrebató, ella arreglaría el negocio, pues al fin todo ha sido por defenderla á ella; pero si estoy á la parte de afuera ¿qué voy á hacer? No hay remedio, tengo que bajar á la tierra á buscar un cerrajero: y ¡digo, que ahora no están caros los cerrajeros! nada, nada, hay que decidirse. Buscaré á uno que me reza mucho, y de quien no hago caso por lo que miente á los parroquianos.

Y, en efecto, un momento despues, el gran apostol descendia á nuestro valle de lágrimas, y se presentaba en el taller del maestro Paquillo.

El maestro Paquillo era el artesano más curro de todos los de su oficio. La gente decía que tenía muy buenas manos, y era verdad; pero él habia creído que las tenía mejores, y esto era mentira. La vanidad todo lo pierde.

—Dios guarde á V., maestro, dijo el santo.

—Y á V. tambien, amigo, contestó el maestro.

—Venía á ver si V. podia abrirme con sus herramientas una puerta de la que he perdido la llave.

—Sí, señor, que puedo, no hay inconveniente.

—Es que, advierto á V., que la puerta tiene tres pares de hemoles.

—Aunque tuviera cuatro; no faltaba más; ¿créé V. que está tratando con algun aprendiz?

—Ya lo sé, maestro; contestó el santo con mansedumbre; pero es que la puerta á que me refiero tiene condiciones especiales.

—Tenga las que tenga; con estas manos se abre hasta la del infierno.

—No digo que nó, replicó el santo con intencion; pero tal vez no se abra la de mi casa. Mas en fin ¿qué vamos á hacerle? El tiempo urge; vamos andando.

Y, diciendo y haciendo, S. Pedro y el tio Paquillo emprendieron el camino de los cielos.

Sabido es que este camino es muy dificultoso por las *cuestas arriba*, y que, aun aligerándose de peso, se sube con muchas penas. Calcúlese cuantas pasaría el maestro Paquillo cargado con el fardo de su amor propio. Sin embargo, gracias al santo que le animaba, pudo llegar y poner en seguida manos á la obra.

Luego, que hubo principiado, empezaron á notar que acudia mucha gente por todas partes. Eran devotos de la Virgen que salian del Purgatorio á consecuencia de un indulto conseguido

por la Divina Señora, que hay quien dice, no se ocupa en otra cosa.

—Ande V. maestro, exclamaba S. Pedro viendo aumentarse la gente. En buen dia ha venido el indulto.

—Ya voy, contestaba el tio Paquillo metiendo llavines y más llavines. Pero, que si quieres: la puerta no se abria.

—Saque V. las gafas, decía S. Pedro, viéndole mirar y remirar sin saber que hacerse.

El maestro empezó á sofocarse. Sus *buenas manos* resultaban completamente inútiles; pero su vanidad queria defenderse.

—Seguramente, este muelle no está bien construido, y por eso al jirar la llave tropieza el diente....

—El que tropieza es V., maestro, dijo S. Pedro cargado de tan poca humildad. Me parece que V. no abre aunque estuviese toda su vida.

El tio Paquillo bajó los ojos dando su brazo á torcer.—Yo no sé que diantres tiene esta puerta, dijo por último. Hay que llamar á un ingeniero,

—Acabáramos, exclamó S. Pedro. Señores, Vdes. dispensen, añadió dirigiéndose á la gente, es cosa de un momento; voy á la tierra en busca de un ingeniero. Y en cuatro zancadas se embocó en la tierra.

—El mejor ingeniero del globo, exclamó dirigiéndose á un jóven que pasava. ¿Dónde está?

—El mejor ingeniero, contestaron, es un hombre intratable; pero es el mejor que se conoce. Puede V. ver al célebre Herman Bzhztrstth.

—Bht.... ¿cómo es eso? no puedo pronunciar el apellido.

—Estornúde V., y verá como lo pronuncia.

San Pedro corrió en seguida á casa del grande hombre.

—¿El Sr. Bhtz....? dijo estornudando al presentarse en su gabinete.

—El mismo; contestó este, serio como un comino, y sin levantar la vista de unos planos.

—Venia, dijo S. Pedro humildísimamente, á ver si se dignaba V. hacerme un gran favor.

—¿Qué favor es ese? preguntó gravemente el sabio mientras buscaba un compás.

—Abrirme la puerta de mi casa.

El ingeniero levantó los ojos, y miró al santo por encima de las gafas.—¿Viene V. á burlarse de mí?

—Perdone V., señor, continuó S. Pedro. Ya sé que es V. demasiado grande para descender á cosa tan pequeña; pero es que á veces hay cosas pequeñas que se resisten á los hombres grandes.

—No será á mí, contestó el sabio sintiéndose herido en su amor propio. ¿Si sabremos aquí abrir una puerta?

—Lo ignoro, señor, replicó S. Pedro trasteándole con grandísima habilidad.

—Porque será V. muy ignorante, saltó el sabio poniéndose encendido de soberbia. ¡No faltaba más! añadió cogiendo unos cuantos instrumentos. ¿Dónde está esa puerta? Ya estamos andando.

Diez minutos despues, el viejo pescador me llevaba al grande hombre cogido de la vanidad como se lleva á un caballo cogido de las riendas.

—¿Si sabremos aquí abrir puertas? repetia D. Estornudo subiéndole el repecho.

—Bienaventurados los manos, contestaba S. Pedro por lo bajo, por que ellos conceguirán lo que se proponen.

Y, anda que te anda, llegaron hasta arriba; pero cuando llegaron, la gente estaba tan impaciente que formaba grupos.

—Calma; gritó S. Pedro, que aquí traigo un *talento* que abrirá en seguida.

Y, en efecto, el *talento* quiso abrir, pero le sucedió lo que al tio Paquillo: que todo se le fué en tirar líneas.

—¿Quiere V. el metro? repetia S. Pedro á cada momento; ¿necesita V. el compás? Aquí tiene V. el teodolito.

—¿Qué teodolito ni que compás, exclamó el sabio desesperado. Esto no lo abre ni el lucero de la mañana: aquí hay un misterio, y la ciencia no entiende de misterios. Para abrir esta puerta es preciso echarla al suelo.

—¡Echar al suelo la puerta de los Cielos! este hombre es un bárbaro, exclamó S. Pedro. Y sin embargo no hay más remedio, la gente se arremolina.

Y, así era en verdad; el gentío era tan inmenso que hacia oleadas.

—¿Se abre ó no? gritaban unos.

—¿En qué quedamos? gritaban otros.

—Tenemos nuestros papeles en regla; se oia decir á muchos.

—Lo que habrá que hacer es dar parte, interrumpió una beata que se habia salvado de milagro.

San Pedro aturdido, no sabia ya que hacer.

A esto, empezaron á oírse golpes por la parte de adentro.

—¡San Jorge me asista! exclamó angustiado el pobre viejo. Ahora quieren salir los ángeles; esta sí que es buena. Está visto, no hay más remedio que tirar la puerta.

Y, corriendo como un meteoro, volvió instantáneamente á la tierra.

Diez minutos despues, habia colocada delante de la puerta del Paraiso una brigada de zapadores.

Comenzaron los golpes, y la porteria se convirtió en un arsenal: la gente gritaba por un lado, los angeles llamaban por otro; aquello era una confusión indescriptible; parecia que al pobre portero se le venia el mundo encima. Y, sin embargo, aun le faltaba otra amargura.

Los zapadores declararon que aquella puerta era indestructible.

Cuando oyó aquello el apostol se quedó muerto.

—¡Astros del cielo! exclamó apelando a su facultad de hacer milagros; en nombre de mi Señor Jesucristo, arrojaos sobre esta puerta; yo os lo mando.

Un ruido espantoso siguió á sus palabras; el mundo planetario quebrantó sus leyes, y un ejército de cometas, cambiando sus órbitas, se lanzó sobre la indestructible puerta con una velocidad de cien millones de leguas por minuto.

Renunciamos á describir el choque.

Baste decir, que hubo trozo de astro que saltó incandescente hasta los últimos confines de la via láctea.

Y, sin embargo, la puerta no llegó á perder el pulimento.

Calcúlese si S. Pedro no perdería la esperanza.

Lloroso y con la cabeza baja, lanzó la última mirada á aquel que fué lugar de sus delicias; y creyéndose culpable de una falta que realmente no habia cometido, se despidió del cielo para volver á la tierra y hacer una segunda vida de penitencia.

Cuando llegó, era de noche; hacia un frio horroroso, y el infeliz no encontró donde albergarse. Triste y abatido, se sentó en el portalillo de una humilde casa, y dió rienda suelta á aquellas lágrimas que en otro tiempo le valieron un perdón.

—¿Porqué llora V.? buen hombre le preguntó una vocecilla cascada y temblorosa.

El santo levantó la cabeza, y vió cabe sí una vieja apoyada en dos muletas.

—¿Porqué llora V.? repitió con insistencia.

San Pedro le contó todas sus desdichas.

—¿Y no es más que eso? dijo la vieja riéndose del apuro, ¡válgame Dios! pues, si no es más que eso, vamos nosotros, y con la ayuda de Dios lo remediaremos.

Tentado estuvo S. Pedro de mandarla á paseo, pero se contentó con decirle.

—¡Quite de ahí! buena muger ¿donde vamos nosotros por esos mundos de Dios?

Verdaderamente *el avio* no era de la mayor confianza. Aquella vieja medio coja, medio sorda y medio ciega, podría tener escasamente fuerzas suficientes para llegar al cementerio.

—Vamos, hijo, repetia la vieja, que aunque despacito todo se arreglará.

San Pedro no pudo más, y ya iba á echar por en medio cuando, acordándose de las consecuencias de su último arranque, se dominó y...

—Vamos donde V. quiera, dijo á la vieja. Por alguna parte, añadió entre sí, hay que empezar á hacer penitencia.

A los pocos momentos, la abuela y el apostol marchaban camino del cielo.

—Para entretener el viaje, dijo la vieja, rezaremos el rosario.

Y, metiendo la mano en la faltriquera, sacó uno con cada gloria como una nuez.

—*Por la señal*, dijo santiguándose así que llegó á la primera cuenta. *Señor mio Jesucristo...*

—*Dios y hombre verdadero...* continuó S. Pedro acompañando á la vieja.

El viento empezó entonces á soplar, y la tempestad preludió sus primeros rumores. Una espesa lluvia mezclada de granizo, venia á completar el cuadro.

—*Dios te salve María*, se oía murmurar á la vieja entre el ruido de la tormenta, como si nada ocurriese de particular.

—*Santa María*, contestaba S. Pedro que iba calándose hasta los huesos.

—*Dios te salve*, repetia la vieja con la misma serenidad, y dando cada tropezon que caia de boca.

—*Santa María*, volvia á contestar S. Pedro teniendo que agarrarla para que no se rompiese la nariz, única pieza buena que le quedaba.

En esto brilló un relámpago deslumbrador, se incendió la atmósfera y sonó un espantoso trueno.

—*Gloria Patri et Filio et Spiritui Santo*, dijo la abuela tranquilamente.

—*Sicut erat*, respondió S. Pedro haciéndose veinte cruces de ver el valor de aquel *granadero*.

Y ambos continuaron rezando y subiendo por el camino mientras la tempestad seguía rugiendo sobre sus cabezas.

Al mismo tiempo la senda se estrechaba cada vez más, las cuestas eran más escarpadas, los abismos más hondos, los truenos más horribles; y, sin embargo, la vieja subía cada vez más ligera, cual si le diesen alas sus plegarias.

No habian pasado tres horas, cuando ya divisaron las cumbres. Un suspiro profundo dilató entonces el pecho de la anciana. Sacó una mano seca como rama de leña y, señalando hácia el horizonte donde se dibujaban los ejércitos de las almas redimidas.

—¡Ay pobres; cuánto esperan! dijo.

Cuando llegaron los viajeros, todo el mundo les abrió paso. La anciana pareció entonces erguirse por primera vez. Brilló en su rostro una sonrisa indescriptible; y de sus cóncavos ojos brotaron dos lágrimas que, al rodar por sus mejillas curtidas por el sufrimiento, le devolvieron la frescura de la juventud. Aquella anciana ya no era anciana, era un ángel que irradiaba luz.

—¿Quién eres? preguntaron las almas fascinadas por su hermosura.

—Soy la *Abnegacion*, soy la *Humildad*, soy la *Paciencia* que os trae la llave de los cielos.

Y, diciendo esto, sacó un objeto de su bolsillo, y se precipitó sobre la misteriosa cerradura.

Todas las almas se precipitaron tras ella.

La anciana tocó aquella puerta inviolable que habia resistido á los prodigios del arte, á los cálculos de la ciencia y á los golpes de la fuerza bruta; introdujo el objeto en la cerradura y la puerta quedó abierta de repente.

Un *hossana* inmenso despertó todos los ecos del universo, y una oleada de inefable gloria vivificó los corazones como vivifica á las plantas el primer soplo de la primavera.

—¿Con qué has abierto? preguntó S. Pedro agarrando á la vieja para que no le quitase el destino.

—Con esto, respondió, y enseñó un objeto pequenísimo.

Aquel objeto era la cruz de su rosario.

—*Salve, oh Cruz, única esperanza!* exclamó S. Pedro cayendo de rodillas. *Salve mil veces, y perdóname que una sola haya olvidado que tú fuistes siempre la única llave que abrió infaliblemente la puerta de los cielos.*

Cuentan las crónicas que, además de las nuevas llaves que volvió á hacer S. Pedro en sustitucion de las perdidas, no se olvidó ya nunca de llevar en el bolsillo un puñado de cruces para los casos de necesidad.

Traslado á los que creen que en el cielo se puede entrar sin ella.

000

EL FARO DE MESINA

Era una hermosa mañana de 1464 y tres religiosos, vistiendo hábito pardo ceñido con cordón negro, se dirigian hácia la playa de Catona, pequeña ciudad de Calabria frente el canal ó estrecho llamado el faro de Mesina, por tener á la opuesta orilla, en la isla de Sicilia, la hermosa ciudad de este nombre; cuyo puerto alumbra un faro á fin de señalar á los navegantes los escollos que deben evitar para penetrar en él.

Uno de los tres religiosos era ya de cuarenta á cincuenta años de edad; los otros dos eran jóvenes, y todos tenian el bello tipo italiano que parece ya reflejarse en las estatuas de la antigua Roma; pero en el que se descubria más esta belleza varonil, era en el mayor de los religiosos.

Era alto y de bella figura; moreno como verdadero calabrés; pero de ese color moreno mate que agrada á la vista, y que anuncia un caracter de pasiones ardientes. Sombrecaba las bellas facciones del religioso una poblada barba que empezaba á platearse y le llegaba hasta el pecho, adornando este rostro dos ojos más bellos que el cielo de Italia, que no tiene rival; sin embargo, aquellos ojos, á pesar de pertenecer á un varón ya de cerca de medio siglo, parecian los de un niño, y su mirada pura reflejaba la inocencia de aquella alma, viéndose en sus pupilas casi negras, el destello de la santidad.

Los tres religiosos llegaron á la playa, y en ella encontraron un buque que iba á levar anclas para hacerse á la vela, cuyo patron estaba pronto á atravesar un tablon que servia de paso del buque al puerto.

—Una palabra, Pedro Coloso, dijo el fraile al marinero;—mis compañeros y yo debemos pasar á Sicilia por orden del venerable monseñor Pino, Arzobispo de Cosenza, y te pedimos por caridad que nos embarques en tu buque.

El patron miró al religioso de piés á cabeza con aire de desprecio, se quitó su gorro colorado y preguntó con socarronería:

—¿Cuánto me dará vuestra reverencia por el viaje?

—Hacedlo por caridad, Pedro Coloso, —dijo con dulzura el fraile, —pues bien os consta que somos pobres mis hijos y yo.

—¿Por caridad! —dijo Pedro con sonrisa de desprecio. —¿Estais loco? Padre Francisco; ¿no sabeis que la caridad es persona que no pasa? Id en hora buena ó en hora mala á pedir algunos dineros y cuando los tengais os embarcaré.

Y atravesando el tablon se metió en el buque, el cual levó anclas, y á un silbido del patron se izaron las velas y empezó su marcha majestuosa al través del estrecho de Mesina, entre las risas de los marinos y viajeros, que se burlaban de los pobres frailes.

Mohinos quedaron los buenos religiosos; pero el padre Francisco, volviéndose á ellos, les dijo:

—¡Hijos muy amados, no permita Dios que os acongojeis! A la otra parte del mar está Mesina; pues bien, allá iremos y llegaremos antes que Pedro Coloso.

Y quitándose su capa la tendió encima e las aguas, diciendo á sus compañeros:

—Ven tú, fray Pablo de Paterno, pón el pié sobre mi capa; tú tambien fray Juan de S. Lucido; pero antes invoquemos á Dios.

Y los tres se arrodillaron en el puerto, y, juntando las manos, llamaron al Eterno en su auxilio.

—Padre, dijo fray Juan de S. Lucido, si quereis que vuestra capa os sirva de buque tomad la mía, que es más nueva y no la calará tanto el agua.

—No, hijo mio, contestó el padre, ponte sobre la mía, junto á mí, y no temas, que Dios siempre salva á los que en Él confian.

Fray Pablo de Paterno, sin hacerser rogar, puso el pié sobre el extraño buque. El padre Francisco tomó su háculo, ató á él el extremo de su manto, que sirvió de vela, y el cesto de baneo. Fray Juan se abrazó á las rodillas del superior, y la prodigiosa embarcacion se alejó de la playa con gran rapidez entre los gritos de admiracion de todo el pueblo de Catona.

Nada más peligroso que el estrecho de Mesina, oprimido entre Sicilia y Calabria, cuyas aguas se encrespan en las rocas, y cuyo lecho está caldeado por aronas volcánicas, donde á veces se levantan surtidores de ambas orillas, ruje un viento subterráneo que pone en movimiento las casas y hace sonar las campanas en las cuarteadas torres de sus templos.

Por entre los escollos de Sicilia y los remolinos de Caribdis, se deslizaba tranquila con viento favorable la milagrosa embarcacion, pasaba por delante del buque de Pedro Coloso, donde éste, su tripulacion y los viajeros, no acertaban á creer lo que veian, y el patron poniendo sus manos una á cada lado de su boca á manera de bocina para que su voz llegase hasta el padre, le gritaba en su lengua calabresa:

—Padre Francisco van su reverencia y sus compañeros, que mi barca es para ellos. Vengan en el nombre de Dios.

Peró el barco milagroso siguió su ruta y se Perdió de vista, mientras que Pedro Coloso se daba de cabeza contra la cubierta de su buque, repitiendo;

—He pecado, y merezco que me trague el remolino de Caribdis antes de llegar á Mesina, con mi buque y toda la gente renegada que va en él.

II.

EL PATRON PEDRO COLOSO

Mesina entera acudia á su puerto. ¿Qué sucedía?

Un prodigio.

Tres frailes venian encima de un manto cruzando así el mar. Todos lo veian, y sin embargo no acertaban á creerlo; cuando de pronto se levantó una voz que decia con acento calabrés:

—Es el padre Francisco de Paula y los hijos de Mesina. Es el enviado de Dios, es el Santo de Calabria, el Santo de los milagros.

Cuando la milagrosa embarcacion llegó á la ciudad, los mesineses se postraron de rodillas ante el humilde fraile y le besaron los piés resonando en los aires un grito general de admiracion expresado en estas palabras:

¡Hurra al enviado de Dios! Pero Francisco de Paula dijo á los de Mesina:

—Hijos míos, debo pasar á Milazo en donde me aguardan, y allí me manda monseñor Pino, Arzobispo de Cosenza.

Los mesineses besaron su hábito y le acompañaron con gritos entusiastas y aun despues de salir del termino de su ciudad.

Una embarcacion llegó entonces al puerto de Mesina y de ella saltó un hombre de rostro atezado, con zarcillos de oro en las orejas y la cabeza cubierta con un gorro colorado, en uno de cuyos remangados brazos se veia dibujada con sangre y carbon la imagen de Ntra. Sra. del Carmen, patrona de los marineros napolitanos y calabreses. Este hombre, al ver el alborozo de la ciudad, preguntó lo que era, y le dijeron que acababa de llegar milagrosamente al puerto de Mesina Francisco de Paula, el Santo de Calabria, el enviado de Dios. Entonces el patron, que era Pedro Coloso, se postró en tierra y gritó:

—Apedreadme ¡Ira de Dios! Yo soy un hombre que debe morir en una horea, pues no quise embarcar por codicia, al Santo mi compatriota. Hay en las galeras del rey hombres mejores que yo.

Algunos años pasaron y murió el Santo que asombró á Europa entera con sus prodigios; el Santo á quien los Pontífices tenian por amigo, los Reyes por oráculo, y á quien los pueblos enteros salian á recibir con más pompa que al mayor monarca de la tierra; y Francisco de Paula, honor de Italia y admiracion del orbe entero, fué

aclamado Santo por todo el universo y tambien por la Santa Sede, en términos que el Sumo Pontífice quiso que se pintase en la capa del héroe de Calabria, que se conserva en el Vaticano, el milagro del Faro de Mesina.

Cuando Francisco de Paula fué venerado en los altares, se veian todos los dias en la iglesia de su patria un anciano marino con los cabellos blancos, teniendo las orejas agujereadas, de las cuales colgaban unos zarcillos de oro y en su mano un gorro colorado. El anciano iba cubierto con un capote á modo de marsellés: llevaba sus brazos arremangados, en uno de ellos se veia pintada con sangre y carbon la imagen de la Virgen del Carmen, y en el otro la del Santo de Paula, cuyas pinturas indelebles estaban echas con punzadas en la carne.

Al llegar á la Iglesia el viejo marino se postraba en tierra, y, despues de besar el suelo un sin fin de veces, se golpeaba el pecho, y exclamaba besando su escapulario:

—Soy yo; el infeliz que no quiso admitirte en mi embarcacion. ¡Santo mio! y no se por qué no me traga la tierra, y por qué no me apedrean en Calabria.

Esto era lo que repetia todos los dias Pedro Coloso, hasta que murió de puro viejo siendo respetado por todo su país, el cual le perdonó su avaricia que él no se perdonó nunca.

Es fama que el estrecho de Mesina desde que lo atravesó nuestro Santo ha perdido mucho de su bravura.

Los marineros napolitanos, sicilianos y calabreses, si alguna vez atraviesan el peligroso estrecho entre Scila y Caribdis y ven en peligro sus vidas, se arrodillan en la cubierta de sus naves, y juntando las manos y orando con fervor, exclaman:

—¡Santo de Calabria! ¡Santo de los milagros! ¡Glorioso Francisco de Paula, ten piedad de nosotros!

Y el Santo que atravesó sobre su manto el estrecho, les oye y les socorre, y la nave llega felizmente á Mesina ó á Nápoles, donde en la magnífica iglesia dedicada al patriarca calabrés se postran de hinojos y besan el suelo, porque es sabido que al patrono de mi ciudad natal nunca se le invoca en vano, pues es el Santo de los milagros.

Francisco de Paula Capella.

PENSAMIENTOS

Quien teme á Dios... ¡sólo á él teme!
ese es más fuerte ¡hijo mio!
y es más cobarde y más débil
quien más se ama á sí mismo!

Si todo vacila y cae
ó amenaza, en derredor...
¿qué le importará al que tiene
puesta su esperanza en Dios?

Nunca es sabio quien no es bueno,
sin virtud, la ciencia es vana,
y es más sabio quien al cielo
más su espíritu levanta!

Hijo, no esperes del hombre
de tus virtudes el premio...
¡casi nunca las comprende!...
¡las comprende y premia el cielo!

¡Qué veloz el placer pasa!
¡qué tardo el dolor camina!
¡y qué verdad es que un valle
de lágrimas es la vida!

Miguel Amat.

LA LECTURA POPULAR

Esta publicación tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándola bajo formas amenas y ligeras para que se propague más facilmente.

La suscripcion se hace por acciones, medias acciones, cuartos y octavos de accion.

Cada accion dá derecho á recibir cien ejemplares de cada número ó sean doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc. ó manda distribuir por las aldeas, huertas, caserios, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

PRECIOS DE SUSCRICION DIRECTA.

	Península.	América.
Una accion.	4 pesetas mensuales.	5
Media id.		2 50
Un cuarto id.		1 25
Un octavo id.	50 cénts.	

Por medio de corresponsal 25 cénts. de peseta más por accion. Se suscribe en la direccion de este periódico BELLOT, 3, ORIHUELA. En Madrid en la de la Semana Católica, Villanueva, 5, bajo; y en todas las librerias católicas de la Península y Ultramar.